

¿Dónde están las Élites? “El problema de Colombia”

LUIS CARLOS VALENZUELA DELGADO

Ministro de Minas y Energía de la República de Colombia (1). Máster en Administración Pública, Énfasis en Finanzas y Organización Industrial, Harvard University. Máster en Planificación Urbana, Énfasis en Evaluación de Proyectos y Política impositiva, London School of Economics. Máster en Economía, Énfasis en Comercio Internacional, Universidad de los Andes. Grado en Economía.

Texto basado en la intervención del Doctor Luis Carlos Valenzuela Delgado en la ceremonia de graduación de la Universidad ICESI, el 14 de agosto de 1999, tomado del artículo con el mismo nombre, publicado en la revista Estudios Gerenciales (2).

“El problema de Colombia no es un problema de guerrilla; el problema de Colombia no es un problema económico. El problema de este país es que poco a poco se quedó sin élite. Se quedó sin quién lo quiera dirigir; sin quién lo pueda dirigir.

Elite. De eso quiero hablar.

Elite ha sido una palabra que ha ido tomando una connotación negativa. Ha sido asociada con posiciones de derecha, con nociones de clasismo, con negaciones de democracia. Pero no, no lo es. Las élites siempre tienen que existir y no tienen relación alguna con privilegios de clase o con mayores o menores patrimonios económicos.

Elite es quien por derecho adquirido, no heredado, dirige una sociedad; quien determina patrones; quien busca salidas en momentos de crisis; quien ve más allá; quien tiene noción de historia y por ende noción de futuro. Elite es quien es consciente de tener más responsabilidades que derechos.

Las élites no son perversas, todo lo contrario. Por no haberlas tenido, o mejor, por haberlas perdido, es que estamos donde estamos.

Hemos confundido elitismo con riqueza y son dos conceptos que poco o nada tienen que ver. Lo que pasa es que por aquí nos confundimos. Las carteritas con logos se compran. El derecho a ser élite no. Terminamos confundiendo elitismo con arribismo.

Las élites no las conforman apellidos heredados. Ni el derecho a dirigir; ni tan siquiera la voluntad de hacerlo, nace del impactante sonido de apellidos que tienen la triste característica de mirar con altivez el pasado y con terror y derrotismo el futuro. Lo que hay que mirar con altivez es el futuro. Es más difícil.

Si hubiéramos tenido élites de verdad nos hubiéramos preocupado de la bomba de tiempo social que creamos, y que ahora, con cara de cínica sorpresa, sentimos que nos puede explotar entre las manos. Hubiéramos entendido mucho antes que no sólo se trata de crear riqueza, sino también, y esto es mucho más importante, se trata de crear una sociedad donde esta riqueza pueda ser sanamente disfrutada y sanamente compartida. Así es como debe ser; así no es como es.

Si hubiéramos tenido élites no hubiéramos dejado asesinar, en forma despreocupada, a todos y a cada uno de los líderes de izquierda que quisieron hacer política a través de canales democráticos e institucionales. No dijimos nada, y al no decir nada probamos que esta era una sociedad donde tan sólo se podía hacer oposición en forma armada. Qué caro nos ha costado. Qué caro nos va a costar.

Si hubiéramos tenido élites no hubiéramos dejado penetrar por toda la economía y por toda la sociedad dineros con los más tristes orígenes. Tan rápido llegaron como se fueron. No obstante, hicieron un daño enorme. La economía del Valle del Cauca quedó sin tejido real; una falsa economía de servicios sin sector real que la soporte. El problema del Valle, no nos engañemos, va mucho más allá de una recesión normal. La economía no se dañó ayer; ni su deterioro es culpa de un gobierno, un congresista o de la caída del precio del azúcar. ¿Dónde estaban las élites, las que dirigen, las que piensan, mientras el tejido económico y social del Valle del Cauca era destrozado a pedazos? ¿Dónde están mientras Emcali, el mayor patrimonio de los caleños y la fórmula más rápida de reactivación, desaparece ante los impasibles ojos de la ciudad?

Si hubiéramos tenido élites los gobiernos hubieran hecho aquello para lo que fueron creados; gobernar para la gente. Por no haberlas tenido, gobernaron para quienes tenían el turno en el poder y para sus amigos.

En este país uno muchas veces siente que gobernar no es diseñar estructuras de largo plazo, sino hacer pequeños o grandes favores a los amigos, a esos millones de amigos que a uno sorpresivamente le llegan mientras anda en estas cosas. ¿Dónde están las élites que deben ejercer control para que el Gobierno gobierne? O no las hay, ¿o será que quienes debían conformarlas están pidiendo un favor aquí y un favor allá?

Cuando no hay élites que exijan, no hay gobierno. Cuando no hay gobierno las instituciones no cumplen su función social. Se le pide a la gente que respete las instituciones, pero es que las instituciones no han respetado a la gente y así sí queda como difícil. ¿Dónde están las élites que debieron haber exigido gobierno cuando gobierno no hubo?

Este país requiere gente que piense con inteligencia y con generosidad. Gente como ustedes. Este país requiere futuro.

Requiere gente educada. La educación, no la riqueza, los orígenes, o los apellidos, es la esencia misma de las élites. Las élites son tanto o más importantes que el gobierno mismo. Las élites no se quejan, son partícipes, son esencia de cambio. Son quienes generan las ideas y por eso son quienes exigen resultados. Insisto, no se quejan; eso es tan pobre; tan triste, tan poca cosa.

Las élites, ustedes, son quienes saben que tienen muchas más responsabilidades que derechos y lo disfrutan.

Sus obligaciones, déjenme decírselo, son mayores que las de cualquier recién graduado, en cualquier universidad del mundo.

Tienen obligación de devolver la razón de respetar las instituciones a toda esa población colombiana sumida en la más extrema miseria y en el más imperdonable olvido. Primero, sáquenla de la miseria y después sí exijan respeto. Nosotros, las generaciones anteriores, parece que lo tratamos de hacer al revés. Les aseguro, no funciona.

Tienen la obligación de que podamos volver a transitar por este país, parar en cualquier parte, tomarnos un jugo y agradecer el poder vivir acá.

Tienen la obligación de reinstaurar la tolerancia, la capacidad de disentir. Que haya izquierdas y derechas con respeto; que cada uno tenga su oportunidad y que cada cual haga sus aportes. Eso ha hecho grande los países grandes.

Tienen la obligación de volver a enseñarnos que la política es un arte noble y que gobernar es un acto inteligente y generoso. Que sin un buen Congreso no hay democracia y que sin democracia casi nada vale la pena. El totalitarismo es despreciable. Las élites no son totalitarias.

Tienen la obligación de no dejarnos olvidar el significado de la palabra proceso. La paz es un proceso, la reactivación económica es un proceso; lo que vale la pena no ocurre en media hora. Tienen la obligación de enseñarnos que el pasado existe y que el futuro también. Tienen la obligación de sacarnos de esta triste y mediocre coyuntura en que nosotros mismos hemos decidido enterrarnos.

Tienen la obligación, y esto ya es un favor personal, de exigir al ELN la entrega de Bernardo Quintero, mi sucesor en la presidencia de la Corporación Financiera del Valle y una persona de un infinito valor y un infinito mérito, así como de los demás secuestrados. No hay derecho.

Tienen por encima de todo la obligación de ser élite. Elite en la versión más democrática y social de la palabra. Elite como a los colombianos se nos olvidó entenderla.

Tienen la obligación.

Tienen el conocimiento.

Tienen el país.

Séanlo.

Muchas gracias”.



(1)1998 - 1999

(2)Valenzuela, L. (1999). ¿Dónde están las élites? El problema de Colombia. Estudios Gerenciales – No. 72, 33-36. Recuperado de http://www.icesi.edu.co/contenido/pdfs/lvalenzuela_donde-elites.pdf